

LOBO
DE
MAR

¡Brazas por barlovento...!

Un corro de pitos seguía a las órdenes del comandante; guardianes y contra-maestres, pito en boca y rabiza al cinto, exigían el estricto cumplimiento a la faena ordenada. Eran pitazos cortos que parecían repetir ¡hala, hala, hala...! Guardiamarinas y grumetes corrían de un lado a otro, halando cordajes hasta que las voces largas y sonoras de los pitos ordenaban ¡bueno... aguanta firme! Las primeras semanas, los noveles oficiales y grumetes corrían de uno a otro lado como alumnos inexpertos, aguijoneados por la voz de plata de los labrados pitos; luego lo harían como verdaderos marineros.

No todos aquellos guardianes y contra-maestres tenían los mismos métodos para dirigir las faenas. Faúndez, en el palo trinquete, era tosco y poco comunicativo; le gustaba que se cumplieran las órdenes correctamente sin que él tuviera que pronunciar una palabra, salvo para corregir violentamente. El guardián Contreras, en el palo mayor, prefería recurrir siempre a la rabiza que pendía atenta desde su cintura para hacerse presente sobre las nalgas de quien no cumpliera a entera satisfacción. En cambio, el contra-maestre Maldonado, que en el palo mesana cooperaba al instructor en la enseñanza marinera de los guardiamarinas, era bondadoso, tranquilo y casi paternal.

Para corregir solía decir socarronamente:

—¡Buena cosa, mis guardiamarinas, cuándo aprenderán a distinguir barlovento de sotavento...!

Y cuando alguno pretendía dárselas de experimentado marinero, exclamaba:

—Para ser marinero, hay que haber sentido sobre las mejillas el golpe de las olas de todos los océanos; hay que tener

callos en las manos; hay que haber hallado muchas escotas; hay que saber lo que es sentirse forcejeando con espías o calabrotes junto a los malecones azotados por las olas embravecidas. Para ser marinero, hay que haberse remojado muchas veces el gaznate con ginebra y ron en mil puertos diferentes.

Cuando se trató que nos familiarizáramos con los nudos marineros, personalmente preparó un muestrario y a cada uno nos entregó una rabiza que deberíamos llevar siempre al cinto y practicar con ella a cada instante en la complicada ciencia del "as de guía", de una "margarita", de un "ahorca perros" o de un "ballestrinque". Grande fue su satisfacción cuando el hacer un as de guía al argoneo de una boya, era un juguete para "sus" guardiamarinas.

Sintió una alegría inmensa cuando rendimos pruebas en una "virada por avance", cumpliendo fielmente las advertencias de nuestro teniente instructor, en el momento que dirigíamos solos la maniobra desde el puente de mando. A espaldas del instructor nos había advertido:

—Mi guardiamarina, no se olvide que antes de ordenar "cerrar la caña", hay que darle andar a la "chancha"; que las velas se hinchen a romper relingas, a cortar brazas; que el buque se acueste sobre el mar y cuando broten bigotes blancos junto a la roda, sólo entonces grite con energía: ¡brazas por barlovento...!, "cierra, timonel...! Sólo en esas condiciones la "chancha" pasará la nariz por delante del viento, mientras los marineros halen enardecidos.

¡Y qué decir de aquel día que corrieramos un tifón en los mares de China! Allí sus guardiamarinas se portaron como verdaderos marineros, corriendo por alto y ejecutando toda clase de maniobras sin pensar en el riesgo de sus vidas.

La primera "salida de noche" en Hong Kong, nos dio la oportunidad de "refrescar el gaznate con ginebra y ron", como decía Maldonado. Nos reunimos en la primera taberna sabor a mar que encontramos en el puerto. Decenas de extravagantes hombres de mar adentro cantaban entusiasmados ante los acordes de un viejo acordeón que ejecutaba un ma-

rinero italiano; eran aires napolitanos coreados en diversas lenguas. Nos sentamos ante una grasieta mesa y pedimos ginebra y ron, mucha ginebra y ron.

Maldonado, estaba entre los que canturreaban semi borrachos. Al vernos entrar quiso escabullirse; mas, advertido por uno de los nuestros, no tuvo sino que acercarse a compartir nuestra alegría. Tras copa y copa, fue recordando su vida.

Había nacido en Valparaíso, en un humilde rancho empotrado en la costa occidental del cerro Playa Ancha, desde cuyas laderas se divisaba el mar en toda su grandeza, sin más limitaciones que aquella línea formada muy lejos al unirse el océano con el firmamento, tras la cual se perdía el sol todas las tardes.

Desde su casa, cuando apenas daba los primeros pasos, había visto alejarse mar adentro muchos barcos de blanco velamen; desde esa línea lejana, llegaba en los días de verano el aullante viento que sus mayores llamaban "westazo", siempre acompañado de olas montañosas que se estrellaban en las riberas del puerto. Muchas tardes corría cerro abajo para tener una visión más cercana de las olas que durante los temporales de invierno se estrellaban violentamente contra las rocas. Los prolongados gemidos del faro Punta Angeles, o los escalofrantes bramidos de la "boya del toro", habían sido como sus canciones de cuna...

A los diez años, incapaz de resistir más el embrujo del mar que parecía atraerlo irremediablemente, una noche se arrastró entre cordajes alquitranados para ocultarse en las sentinas de un velero de cuatro palos que al día siguiente se adentraría en el océano. Transcurridas muchas horas, tal vez días, salió a la luz impelido por la sed y el hambre. Al ser descubierto, fue llevado a presencia del capitán. Playa Ancha había desaparecido para siempre; sólo mar y cielo rodeaban al majestuoso velero en su suave aproar hacia esa línea inalcanzable que formaban mar y cielo...

El capitán lo acogió tranquilamente. Era un viejo de rostro enrojecido por las olas salobres. Al verlo, quizá recordan-

do su propia iniciación, sin más trámites dispuso que le asignaran una labor apropiada a sus cortos años, para que se "hiciera hombre", según sus propias expresiones. "¡Ya veremos si eres capaz de seguir en tu loca aventura!", agregó sonriente, mientras de su boca escupía un puñado de tabaco.

Dos años duró esa maravillosa aventura sobre "La Racha", en la que recorriera diversos mares del mundo, hasta que, una noche, el noble velero fue abatido y destrozado en un roquerío de Isla Huamblín, allá por nuestros mares del sur.

Recogido en las desguarnecidas playas como único sobreviviente por la escampavía que acudiera en auxilio de los naufragos, fue recibido a bordo con gran venenolencia por el comandante, un joven teniente que, al conocer su historia, dispuso se le agregara al rol de tripulantes en calidad de aprendiz a marinero. Algunos meses más tarde, la escampavía viajó al puerto militar y allí fue transferido a un buque apontonado, siempre en calidad de aprendiz. Comenzaba entonces su verdadera vida de hombre de mar —cúspide de sus sueños—, al servicio de la Armada.

A los quince años pasó al buque escuela como tripulante, iniciando sus labores como "mensajero", que era lo más apropiado a sus cortos años. Las jinetas de "guardián" las recibió a bordo de su querido velero y allí mismo —en la "chancha"— tuvo la satisfacción, años más tarde, de ser graduado contramaestre a cargo del palo trinquete, allí cerca del castillo, casi junto a las olas, casi pegado al mascarón desafiante.

De los numerosos viajes realizados por todos los mares del mundo, guardaba recuerdos imperecederos, especialmente de aquel realizado bajo las órdenes de Luis Gómez Carreño, uno de los más recordados por los hombres de mar de la época.

Esa tarde, en el bullicioso bar del puerto oriental, Maldonado sintió una satisfacción más: "sus" guardiamarinas tenían las manos encallecidas por los esfuerzos realizados sobre brazas y obenquillos en muchos temporales y allí estaban ahora "remojando el gajnate con ginebra y ron".

* * *

Pasaron muchos años.

Una noche que me paseaba en la prolongación del muelle puntarenense, ese muelle que se adentra largo sobre el mar; solo, admirando la belleza de la bóveda celeste que parecía encontrarse tan cerca como si permitiera arrebatarse las estrellas con las manos, oí un ronco vozarrón que interrumpía el nocturno silencio:

—¡Chataaaa...!, ¡ah, de la chataaa!

—¡Chataaa... mi voces...!— respondieron dos hombres desde una pequeña embarcación que luego atracó junto a la plataforma inferior de la escala negra y larga casi sumergida en el mar.

Me acerqué a observar. Un hombre de bastante edad, tambaleante, se aproximaba al embarcadero. Ostensiblemente había bebido algunas copas de más. La escala parecía prolongarse interminable en la obscuridad de la noche. Creí oportuno ayudar a ese hombre de mar en su faena de embarcar en tales condiciones. Cuando me acerqué, sus pequeños ojos se clavaron en mí, inquisitivamente.

—¿No es mi comandante...?— exclamó extrañado. Lo reconocí de inmediato: era mi viejo amigo el contramaestre Maldonado, a quien no veía desde hacía muchísimos años. Nos dimos un fuerte abrazo.

—¿Qué haces por acá, viejo aventurero?— interrogué lanzando una carcajada.

—Aquí, mi comandante, con mis setenta años a cuestas, todavía tengo fuerzas para mantener bien amantillada la arboladura de esa "chata" que se ve anclada allá lejos —fue su respuesta—. Si quiere saber qué ha sido de mi vida, embárguese en mi chinchorro y vamos a bordo, que no me faltará cómo festejarlo— agregó. Y poniendo manos a la obra, se tomó de mi brazo para descender.

La chata "Andalucía" estaba fondeada lejos del embarcadero. Viejo casco acerado, velero imponente que en su época surcara todos los mares bajo el nombre bautismal "Ville de Mulhouse", cuando sonó definitivamente la hora de las máquinas a vapor, se le fondeó como a otros en calidad de pontón, dedicándolo-

lo al almacenamiento de excluidos y cabos viejos, o como bodega de consumos a flote para abastecer las naves regionales. Ese día cambió su romántica denominación de "velero", por la simple y casi ofensiva de "chata".

"Chata Andalucía" la llamaban hoy casi despreciativamente, en circunstancias que bien merecía un sitio de honor, como uno de los grandes veleros del siglo pasado, que con sus cuatro palos se imponía en todos los puertos del mundo. ¡Cuántas veces había cruzado el Cabo de Hornos con sus bodegas llenas de salitre o con sus cuatro mil toneladas de carbón de Cardiff! Durante la última guerra, no obstante, había prestado útiles servicios, haciéndose a la mar, con sus palos desnudos de velas, arrastrada simplemente por un grueso remolque de cables y cadenas, rumbo a las aguas del Plata, con sus bodegas repletas de carbón de Mina Elena. Maldonado, su único dueño en las horas de paz, pasaba entonces a cumplir órdenes, como antaño, del Piloto que se designaba Capitán para el viaje a través del Atlántico. A su vez, se aumentaba la tripulación de la chata y él, el viejo contramaestre, era reconocido como tal; entonces, retornaban las esperanzas del antiguo marinero, sus fuerzas parecían redoblar, luciendo como en sus mejores años.

El camarote que ocupaba Maldonado en la chata, era pequeño, pero estaba limpio y perfectamente ordenado; allí conservaba sus mejores recuerdos; y —os lo aseguro— estaba bien provisto. Vinieron copas y más copas de ron, de ese legítimo ron de Jamaica que aún podía encontrarse en las bodegas puntarenenses. Charlamos largas horas y así pude imponerme de su trayectoria una vez dejadas las filas de la Marina de Guerra.

El propio Almirante —decía con los ojos nublados— me dio un estrecho abrazo cuando me aprestaba a descender por el portalón de babor del "Latorre", mientras los guardianes hacían sonar sus pitos para mí. Os lo aseguro —agregaba— el eco de esos pitazos me acompañó hasta la puerta de mi casa en Playa Ancha. Cuando la chalupa tripulada por mis propios compañeros atracó al carcomido embarcadero de Pancho,

sentí en mi alma la emoción más intensa; ésta y el eco prolongado de los pitazos de adiós, me acompañaron hasta mi casa solitaria y en ella derramé más de una lágrima.

Pero Maldonado no estaba dispuesto a quedarse arrellanado en una silla, contemplando desde lejos morir las olas... No tenía familia directa porque jamás se había resuelto a formar un hogar. ¿Qué lo amarraba, entonces, en tierra firme? Sin mujer ni hijos, sin siquiera la compañía de un perro fiel, era mejor adentrarse una vez más en el mar inmenso y allí dejar los huesos llegado el momento. En ese elemento estaban todos sus recuerdos que hoy caían del corazón como el sol que diariamente moría en esa línea, lejos...

Un día cualquiera se encontró en Liverpool, aferrando velas; otra mañana dejó Vancouver, para largar amarras en Dakar. Años más tarde, quedó botado en Diego Ramírez, al naufragar el cutter en que viajaba acompañado de Pascualini y algunos yugoslavos aventureros. Luego sentó reales en Punta Arenas y en su propia embarcación se dedicó a llevar loberos hasta los mares de Drake, al Cabo de Hornos o a las islas Wolleston.

—Ahora me encuentro aquí, mi comandante, viejo pero no abatido; no desembarcaré hasta que me arrojen al agua envuelto en una mortaja o cuando me lleven en hombros para depositar mis huesos en algún acantilado agreste, donde el mar golpee día y noche.

Su cara tosca, surcada de hondas huellas, le daba aspecto de severidad —de suave severidad—, recordando aquel contramaestre que cuarenta años antes nos enseñara el secreto de los mares de la China, fornido, valiente, decidido. Era todavía un rostro de hombre de mar que llevaba incrustado el golpe de las olas y que aún lucía con orgullo un raro tatuaje que se hiciera grabar sobre el pecho en un oscuro rincón de Shanghai. De sus labios brotaban los recuerdos y, entre los más sentimentales, los de Carmen, una exquisita española que conociera en Cádiz, natural de Jerez de la Frontera. Había también el de un rapazuelo que, asegurando ser hijo suyo, quiso hacerse a

la mar entre los pliegues de los foques que envolvían el bauprés allá cerca del moco. Lo dejó en Dakar.

Bebimos una última copa.

Ya de amanecida, un bote me dejó en tierra firme. En mi pieza de hotel, ante una mesa alumbrada por un tosco mechero, tracé su vida en un poema que días después le remití a bordo para que lo conservara en el camarote de su querida "chata". Era su historia. La historia de ese noble contramaestre con que compar-

tí un largo período de mi vida en la Marina de Guerra; a quien encontrara esa noche sobre la cubierta de uno de los últimos veleros sentimentales que surcaran los mares del sur. Allí estaba firme a pesar de los años.

No sé qué ha sido de mi amigo; pero si vive, estoy seguro de encontrarlo en un balandro cualquiera, tesando escotas y aferrando velas y, si ha muerto, su cuerpo descansará en un acantilado agreste donde el mar golpee día y noche, como él soñaba.

